Libros del Asteroide

Anna Hope

Albión

Traducción de Regina López Muñoz



Libros del Asteroide

No hay nada como una casa de campo inglesa
en ningún otro lugar del mundo.

Vita Sackville-West

Libros del Asteroide

Día Uno

Libros del Asteroide

No ha amanecido todavía. Frannie yace en la oscuridad del dormitorio, con Rowan a su lado en la cama. Algo la ha despertado. Tal vez el viento cambiando de dirección y agitando las hojas nuevas; tal vez Rowan se haya movido en sueños. Su hija duerme ahora profundamente, su respiración es constante y regular, los brazos estirados sobre el colchón, pero esta noche ha cruzado otra vez el rellano, alterada por una pesadilla, llorosa y asustada. Frannie consulta la hora en el teléfono: casi las cuatro. Ya no volverá a conciliar el sueño, no le cabe duda, de modo que sale de la cama y echa mano del montoncito de ropa que se quitó anoche a las tantas: vaqueros y una sudadera vieja con capucha.

Rowan permanece inmóvil mientras ella se viste; tampoco se inmuta cuando Frannie se abre paso con cuidado, fijándose bien dónde pisa entre las cajas sin deshacer, las maletas y los marcos de cuadros amontonados contra la pared. Sale al rellano, cierra la puerta con cuidado y baja, recorre el pasillo trasero y en el cuartito vestidor se pone la chaqueta de faena y el gorro de lana, busca las botas de agua a oscuras y se las calza.

Fuera, a la sombra de la mole de la casa, hace frío, y la respiración de Frannie forma nubecillas frente a ella en el aire quieto. El cielo está azul marino y una luna amarillenta pende al oeste. Toma el sendero que cruza el huerto, abre la cancela y se aden-

Libros del Asteroide

tra en el parque. Al sur, en el valle que queda abajo, una neblina flota sobre el río y el lago que este alimenta, aferrándose a la hierba cubierta de matojos de las riberas. Vacila, no sabe qué dirección tomar, y se decide por subir la colina atravesando la hierba alta cargada de rocío y pegotes de estiércol, flores y salivazo, una masa densa de cardo, acedera y hierba cana que le humedece la franja de los vaqueros que queda por encima de las botas; respira con intensidad, balancea los brazos, se encamina al oeste. Pisa con cuidado. Es mayo y suelen anidar pájaros en los senderos —alondras comunes y totovías—, o puede que haya vacas durmiendo; dos hembras del rebaño de *longhorns* están a punto de parir y en esta época del año no es raro toparse con una madre y un ternerillo recién nacido en un lecho de hierba aplanada.

El suelo está duro bajo sus botas. En abril casi no llovió y el terreno sube y baja entre los hondos surcos y las hendiduras que crearon los cerdos a principios de año en su búsqueda de plantas y bichos entre la fértil tierra arcillosa. De momento, sin embargo, los cerdos se encuentran en un terreno ligeramente más elevado; les gusta tumbarse contra los troncos de los viejos robles en la linde del bosque de Ned. Es donde más abundan las bellotas en otoño, e incluso ahora, con la primavera en su recta final, Frannie sabe cómo estarán durmiendo: apelotonados en una depresión del terreno, fieles a su vena sociable.

Lanza al cielo una oración diligente para que su hija también siga durmiendo sin sobresaltos, a la vez que va subiendo en dirección al viejo roble que custodia la cresta, el contorno del tronco concretándose apenas por encima de su cabeza, combado y festoneado por la edad. En el momento en que corona la colina se detiene para recuperar el aliento. La neblina va levantándose y deja ver el recodo del río; el claro de luna es una lámina plateada sobre las aguas y también sobre el tejado y las chimeneas de la casa, que desde aquí casi parece modesta, acurrucada contra la pendiente del valle.

Libros del Asteroide

Apoya el cuerpo en el tronco del roble y siente la corteza nudosa a través de la tela de la ropa. ¿Qué edad tendrá? Imposible saberlo; hongos y escarabajos se han comido el duramen, de modo que no hay manera de contar los anillos, pero aparece como un árbol de tronco ya grueso en el retrato de sus antepasados que cuelga en la biblioteca y que se pintó hace doscientos cuarenta años, coincidiendo con la construcción de la casa.

Su padre solía asegurar que tenía como poco cuatro siglos, que ya custodiaba el valle cuando la forja de hierro funcionaba gracias al río embalsado, el estanque de Hammer Pond. Que ya estaba ahí cuando sus ancestros levantaron la casa compuesta de veinte dormitorios de arenisca de Sussex, piedra extraída a menos de dos kilómetros de allí, piedra depositada por el mismo río que Frannie ve bajo sus pies en este preciso momento: millones de años de roca acumulándose, acumulándose, acumulándose. Que el árbol había visto pasar la propiedad de Brooke a Brooke a lo largo de siete generaciones. Y ahora es suyo —vertiginoso pensamiento—: esta casa, este valle, este árbol, esta tierra; cuatrocientas hectáreas. Darán sepultura a su padre dentro de dos días. En cierto modo, todavía cuesta creer que se haya ido.

Un movimiento, un levísimo parpadeo a su derecha, y una manada de gamos emerge de detrás de una maraña de espino. Son livianas sus pisadas, casi mudas. Frannie se queda muy quieta, más quieta aún, para no espantarlos; atenúa la respiración para no hacer vaho, pero la huelen, la intuyen, y dirigen la mirada hacia ella todos a una. Ella sabe que la conocen, que conocen su silueta, sus intenciones, que su distancia de huida es menor con ella que con otras personas; aun así, tras unos segundos en los que se observan en medio de la oscuridad casi total —gamos y mujer, mujer y gamos—, los animales salvajes salen corriendo.

Frannie no les quita ojo, boquiabierta, y una parte de ella se mueve con los gamos; el corazón se le desboca a la vez que ellos aceleran en dirección a los viejos terrenos forestales. Ansía seguirlos, aunque sabe que debería volver; su cama queda lejos y

Libros del Asteroide

su hija duerme mal de un tiempo a esta parte. Si Rowan se desvela y se da cuenta de que está sola, se llevará un buen disgusto. Pero es precioso estar aquí fuera, sentir el aire fresco en los pulmones. ¿Cuánto tiempo llevaba sin dar un paseo así, a solas? Últimamente no ha sido tarea fácil respirar como es debido. No ha sido fácil respirar hondo.

Da media vuelta, siguiendo la ruta de los gamos, dejando la casa en letargo tras de sí, y se adentra en la antigua plantación de coníferas. Aquí, mientras avanza entre una maraña de zarzas y abedules jóvenes, unos animales invisibles se escabullen de sus pisadas. Los olores son distintos, la tierra exhala su fragancia de ajo de oso, campanilla y hojarasca, que se suma al olor salobre de los primeros helechos, que le llegan ya a la cintura y crecen a toda velocidad.

Entonces hace una pausa, pues oye el canto de un pájaro en el aire detenido. No corre brisa y no cuesta oírlo. En un primer momento piensa que es un petirrojo, o un mirlo, los primeros que cantan al alba, pero todavía es de noche y el canto es más extraño, más líquido. Aguza el oído con el corazón acelerado: es un ruiseñor. Tiene que serlo. Ningún otro pájaro canta así antes del amanecer. Sigue avanzando como si la melodía ensordecedora tirase de ella en medio de la oscuridad.

El pájaro está posado encima de un endrino, a duras penas visible, una pequeña silueta marrón recortada contra el cielo, del tamaño de un petirrojo. Frannie cierra los ojos y toma aire mientras el canto esculpe el aire creando formas extrañas. Sabe que ha venido de muy lejos para entonar aquí su canto: miles de kilómetros desde las costas de África occidental. El Sáhara, Portugal, España, Francia; las aguas oscuras que separan esto de aquello, en las que no hay lugar donde parar ni descansar, viajando de noche, solo, la misma ruta que llevan haciendo sus antepasados desde hace milenios, desde que el hielo se derritió y la tierra se calentó. Miles de kilómetros para anidar *aquí*, en su bosque. Frannie sabe que ha escogido la maraña hueca del endrino para

Libros del Asteroide

anidar porque así se protege de los depredadores, de córvidos, armiños y comadrejas. Sabe también que su historia y la del pájaro están entretejidas, pues si ella no hubiera mandado talar las coníferas, si no hubiera dejado que entrase la luz en estas hectáreas, no habrían crecido estos cúmulos de mimbrera y espino, estos refugios que brindan ahora seguridad a un pajarillo marrón, tan amenazado en este país que las áreas de reproducción de la región pueden contarse con los dedos de las manos.

Frannie escucha con atención el canto que se eleva hacia el cielo, dejándose embargar por una euforia discreta. No sabe cuánto rato permanece ahí parada; el tiempo está en suspenso, ella mengua, sus sentidos se agudizan. Y aunque conoce sus nombres —endrino, majuelo, sauce—, los cúmulos de espino que la rodean son ahora seres míticos bajo el rayo de luna, criaturas durmientes, corpulentas y gibosas a punto de despertar. Y ella, que minutos antes era una mujer, una madre, una hija doliente, se transforma en algo distinto, en un animal, ni más ni menos.

Y a medida que el cielo se ilumina y el sol empieza a asomar, al ruiseñor se le suman los demás, el mirlo y el petirrojo, el pinzón y el mosquitero, el chochín, la torcaz y el cuervo, el grajo y el arrendajo, todos los pájaros elevando su canto en el amanecer vibrante.

⁂

Delante de la ventana, Grace agarra con las dos manos la pesada cortina y mira afuera. Le cuesta dormir ahora que amanece tan pronto, con tanta luz. Ha sido la luminosidad, junto con los pájaros, lo que la ha despertado.

Tres semanas desde que murió. Dos días para que le den sepultura. Cuatro días más en esta casa y luego... se acabó.

¿Cuántas noches ha pasado aquí? Trata de echar cuentas; no le salen, pero son miles: llegó hace casi cincuenta años, cuando tenía veintiuno, terriblemente joven, y ahora tiene setenta y es

Libros del Asteroide

terriblemente vieja. Aunque no se siente así presenciando este amanecer color limón.

Cuántas mañanas, por tanto, contemplando estas vistas, el parque en pendiente hacia el lago, el destello del río que lo alimenta, el verdor fresco de las copas de los árboles del bosque de Ned. La achaparrada iglesia normanda en el valle de más abajo. Cincuenta años de mañanas. La primera de todas, después de que Philip la besara y reivindicara, se plantó delante de esta misma ventana. De los campos ascendía una neblina y se veían las tiendas de campaña de los asistentes al festival, gente que iba de acá para allá, desde aquí arriba meras siluetas con mantas echadas sobre los hombros, como supervivientes de una guerra o soldados de un ejército que aguardan el momento de ir a la batalla. Podría haber sido hace cien años. Quinientos. Setecientos. Y allí de pie, en lo alto, con veintiún años, aturdida por la falta de sueño y la huella de los labios de Philip en los suyos, Grace se sintió como si la hubieran arrancado del barro y la batalla para elevarla a las alturas, a este nido de águila, a estas vistas.

¿Qué le diría ahora al fantasma de su yo de veintiún años si estuviera de pie a su lado, mirando por la ventana?

Huye.

Sal por esa puerta y huye como si te fuera la vida en ello.

En fin. Hecho está. Él está muerto. Y pronto, de aquí a unos días, ella abandonará esta casa y atravesará el parque para trasladarse a la casita de Frannie: cuatro noches más y se marchará a un lugar con suelo radiante de tablones anchos. Con una cocina moderna, espaciosa y cálida. La mera idea resulta tan reconfortante que le entran ganas de cantar. Nunca más tendrá que pisar con cautela las tablas desniveladas ni sufrirá las vejaciones de la fontanería eduardiana. No pasará más inviernos forrada con varias capas de lana en estancias mal caldeadas. Y nunca jamás tendrá que volver a soportar la mirada de la abuela de Philip.

Grace retrocede dos pasos. Ahí están, ella y su marido, al otro lado del cristal: dos retratos en carboncillo hechos por Sargent

Libros del Asteroide

en 1914. Él luce el uniforme de capitán; ella, ese bonito recogido de principios de siglo, arreglado y atado con una cinta, y esa mirada preñada de la irredimible *hauteur* de la clase dominante, esa expresión que lleva cincuenta años amenazando a Grace: *Te tengo calada, veo tu corazón insignificante y blando del extrarradio. Nunca lo bastante férreo para ser digno de estas vistas*.

¿Qué diría la mujer del retrato si la orientasen mirando al parque? A Grace le habría gustado que viviera para asistir a su transformación, le habría encantado ver su semblante: el parque de ahora, con sus cerdos hozando y sus ponis robustos y sus vacas aficionadas a cagar justo delante del pórtico; la hierba hasta las rodillas y los márgenes descuidados y toda esa mala hierba rampante, abandonada a su suerte.

En una ocasión —Grace ya ha olvidado cuándo exactamente, pero fue una de las muchas, muchísimas veces que Philip estaba por ahí, follándose a alguna de sus amantes en Londres— descolgó los dos retratos, al abuelo y a la abuela, incapaz de soportar durante más tiempo que la observaran en toda su soledad y su desdicha, y los puso en el salón, detrás del piano, de cara a la pared. Al volver, y advirtiendo su ausencia, Philip se enfureció; ella nunca lo había visto así. ¿Tenía idea ella de lo mucho que *valían*? ¿Del *valor* que tenían para él? Eran *lo único que tenía*. Ella se abstuvo de contestar que su verdadera abuela, la mujer del retrato en la vida real, seguía viva en una residencia junto a la A24, aunque hubiera enloquecido y llamara a voces a su malogrado esposo con uniforme de capitán, descuartizado más de medio siglo antes en el norte de Francia. Grace se abstuvo de contestar que tal vez, si tanto le importaba su abuela, podría visitarla, llevarle flores, consolarla en sus divagaciones, tomarla de la mano. En lugar de eso guardó silencio, irguió la espalda, bajó despacio las escaleras de peldaños chatos, cogió los retratos y los puso de nuevo en su sitio. No volvió a tocarlos.

Trauma.

Libros del Asteroide

Una palabra a la que son muy aficionadas las generaciones que han venido detrás. Si ella hablara de sus traumas... Pero ha sabido mantener su dignidad. Así se lo inculcaron.

Y ahora aquí está, con esta luz, con este amanecer, en esta alegre mañana de mayo.

¿Se le permite estar alegre?

Tal vez.

Levanta el pasador de la ventana, la abre de par en par y se llena los pulmones con el aire matinal. Sabe que debe tratar al menos de disimular esta ligereza que amenaza con arrebatarla, porque resulta inverosímil sentirse así de libre en una semana como esta, lo sabe.

Ha anunciado que se encargará ella misma de preparar la cena de hoy, solo ella con sus hijos. Una cena ligera. Algo sencillo, al aire libre; hace un tiempo inusualmente cálido. De modo que, sí, unas ensaladas del invernadero, embutido de cerdos de la finca. Preparará con mimo una cena agradable para sus hijos antes de que empiece el fin de semana. Se afanará con tal de camuflar esta sensación. Se amarrará a las tareas con tal de no salir flotando por los aires.

*

Rowan despierta con un grito.

Al principio no sabe que el grito es suyo, solo hay sonido y oscuridad. Se incorpora con el corazón acelerado y comprende dónde está y dónde no: no está en la casita que siempre ha sido su hogar ni en su dormitorio. Está en la casa grande, donde las sombras se estiran uniéndose a la negrura que se expande más allá del borde de la cama. «Mami», dice a la vez que estira los brazos, pero su madre no está.

«¿Mamá?», llama.

Y entonces vuelve a incorporarse y chilla: «¡¡¡¡¡Mamáááá-áá!!!!!».

Libros del Asteroide

Oye ruidos en el rellano, una puerta se abre y se cierra, unos pasos se aproximan. La luz se derrama en el cuarto, pero no es su madre la que entra.

—¿Qué pasa, Rowan? —dice su abuela—. ¿Qué demonios pasa?

—He tenido un sueño malo. —Se estremece—. Una pesadilla. Gritaba y gritaba llamando a mamá pero ella no venía.

—Cielo santo. —Su abuela enciende la lámpara de techo y Rowan parpadea—. Pues menuda escandalera.

A Rowan se le sale el corazón del pecho; ¿ha armado una escandalera? Ella no ha gritado por capricho; le ha salido así.

—¿Dónde está mamá? —pregunta con un gimoteo—. ¿Por qué me ha dejado aquí sola?

—No lo sé. Habrá salido, estará trabajando. A ver... —Su abuela se ata con un nudo el cinturón de la bata y se sienta en el filo de la cama—. ¿Me cuentas qué pasaba en tu sueño?

Rowan hace un mohín.

—El abuelo —dice, recordando.

—¿Qué pasa con él?

—Que estaba muerto. Pero también estaba vivo. Estaba dentro del ataúd y no podía salir. Y yo era el abuelo, yo era él y gritaba. Pero entonces me volvía líquida y tenía moscas en la boca. Y entonces me he despertado gritando.

—Caray —dice abuela Grace—. No suena nada bien.

—No. —Rowan niega con la cabeza—. Nada bien.

Todavía nota el espantoso pulular de las moscas en su boca.

—Bueno, solo era un sueño. Seguro que tu madre vuelve enseguida. Y yo estoy aquí, al otro lado del pasillo, así que ¿te parece si te acurrucas y te vuelves a dormir?

—No —responde Rowan con fiereza.

—¿Cómo que no?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—Del sueño. Y de la oscuridad. Y de esta casa tan... siniestra. No me gusta.

Libros del Asteroide

—Bah, si es por eso... Te acostumbrarás, ya verás —dice abuela Grace—. Esas cosas requieren su tiempo.

—*Nunca* me va a gustar —declara Rowan—. Siempre la odiaré.

—Caray. ¿Y cómo es que estás tan segura?

—¡Porque a ti no te gusta! —contesta Rowan—. Y llevas años y años viviendo aquí.

—¿Que no me gusta? ¿De dónde te has sacado eso?

—Si de verdad te gustara —razona Rowan despacio—, no querrías vivir en *nuestra* casa. —En ese preciso momento se le ocurre una idea tan simple que le extraña no haber caído antes—. ¿Podemos volver a nuestra casa? Si esta te gusta todavía...

—Ah... —Grace alisa el edredón con sus manos finas—. Me temo que no.

—¿Por qué?

—Pues... porque... por un montón de motivos.

—¿Por ejemplo?

Su abuela suspira, se levanta y se acerca a la ventana.

—Me hago vieja. Y cada vez más. Dentro de poco ya no podré bregar con tanta escalera y tanto espacio. Además —añade a la vez que abre las cortinas—, ya va siendo hora de un cambio.

—Pero...

—Mira —la interrumpe Grace en el momento en que la luz inunda el dormitorio—. Hace una mañana espléndida y voy a acercarme a la casa de las piñas a coger unas lechugas. ¿Me acompañas? Ponte un jersey por encima del pijama y listo. Queda un siglo para que te vayas al colegio. Podemos mirar si hay fresas maduras para el desayuno.

Rowan cavila. Le chiflan las fresas, sobre todo las primeras de la casa de las piñas, pequeñitas y dulces; son casi su fruta favorita. Pero entonces se acuerda de abuelo Philip, de su cadáver en la funeraria, de lo frío y oscuro y solitario que debe de ser. Y aquí está abuela Grace, vivita y coleando, hablándole de fresas maduras bajo la luz de la mañana.

—¿No estás triste, abuela?

Libros del Asteroide

—¿Triste? —Grace se acerca de nuevo a la cama, donde Rowan se ha sentado.

—Porque se ha muerto el abuelo.

—Por supuesto que sí, pero estaba muy mal, tenía muchos dolores. Así que podríamos decir que, en cierta manera, es un alivio.

—¿Alivio?

—Porque sientes... que puedes dejarlo marchar. Que es lo correcto.

—Pero ¿ni un *poquito* triste siquiera?

—Sí, claro —dice Grace—. Mucho. Pero la gente no siempre muestra por fuera cómo es por dentro, ¿sabes? Sería desastroso para todo el mundo, ¿no te parece?

Es la clase de idea que a Rowan le gusta atesorar, una de esas que te hacen compañía, a la que puedes darle vueltas y más vueltas durante mucho tiempo.

—Sería bastante... sangriento —reconoce por fin.

—Eso es —zanja su abuela con una sonrisa—. Bastante sangriento, efectivamente.

*

El teléfono vibra en el momento en que Frannie sale de nuevo al parque. Lo saca del bolsillo y lee un mensaje de su madre.

Rowan está despierta.

Mierda.

¿Está bien?, teclea.

Perfectamente. Se ha alterado un poco al ver que no estabas. Nos vestimos y salimos a dar un paseo.

La elipse parpadea de nuevo, su madre está escribiendo algo más:

Tómate el tiempo que necesites.

Frannie mira fijamente el teléfono, incrédula.

¿Seguro?

Libros del Asteroide

Sí.

Gracias, escribe. *Voy un rato a la oficina entonces. Ahora nos vemos.*

Enfila el camino que lleva a los edificios de oficinas preguntándose de cuánto tiempo dispondrá. Cuánto mide la mecha de su madre.

Su relación con Grace ha sido complicada últimamente.

Su madre, que ha reclamado la casita en la que Frannie lleva una década viviendo, y que cuando Frannie protestó y sugirió que la mudanza tal vez podría esperar hasta que enterrasen a su padre, hasta que su hija se hiciera a la idea de que tendría que despedirse del lugar en el que había nacido, el único hogar que había conocido... dijo que no con la cabeza. *Le he entregado cincuenta años de mi vida a esta casa. No pienso darle nada más.*

Así pues, no le ha quedado otra que plegarse: meter en cajas la casita entera en apenas unos días y a la vez gestionar la propiedad, planear el funeral, rellenar una hoja de cálculo tras otra, mandar emails con copia a sus hermanos y recibir respuestas escuetas. De su hermano: *¡Todo bien, Fran!* De su hermana: *Nos vemos allí y lo hablamos.*

No es una mujer tendente a la soledad pero, de un tiempo a esta parte, desde que murió su padre, percibe su negro y discreto tironeo, una sensación que repta como el moho en el alicatado de la cocina. Soledad y cansancio. Un agotamiento tan profundo que no la deja dormir.

Entra en su despacho, deja el gorro encima del escritorio y se mete en la cocinita, enciende el hervidor, enjuaga la cafetera.

Mientras el agua rompe a hervir saca el teléfono y anota varias cosas.

Gamos.

Vaca parto??

Ruiseñor.

Experimenta de nuevo la emoción honda y lenta del encuentro; habrá que informar a través de los canales oficiales, querrán

Libros del Asteroide

venir, hacer comprobaciones, escuchar y tomar notas; el primer caso registrado en más de treinta años a este lado del río Medway. Se riñe a sí misma por no haber salido antes; ella es la única que pasea por esos calveros de buena mañana; los clientes de la zona de acampada están en el otro lado de la propiedad y Ned, igual. Es posible que el ruiseñor lleve ya días cantando, o una semana. ¿Y cuánto tiempo más cantará? ¿Tres semanas? Cuatro a lo sumo, hasta que haya atraído a una hembra, que llegará exhausta de su travesía épica y solitaria; hasta que ella considere que el canto es de calidad y el territorio, seguro.

Su primer pensamiento es compartir la noticia con su padre, porque eso significa que *ha funcionado*: la idea de despejar las arboledas de coníferas hace ocho años, la primera gran intervención de Frannie al frente de la finca —tala rasa de ciento veinte hectáreas de coníferas detrás de la casa familiar— y al mismo tiempo la más costosa, arriesgada y radical hasta la fecha. Aquel primer invierno, el terreno parecía un campo de batalla, todo sembrado de árboles caídos formando hileras como si fueran los cadáveres de los muertos. Y cuando llegaron las lluvias y el sotobosque se convirtió en un cenagal rezumante, cuando la tierra recién expuesta corrió por el valle desnudo hasta ir a dar al lago, llenándolo, atorándolo, Frannie tuvo sus dudas, se desalentó. Su padre en cambio mantuvo la fe. Y aquella primera primavera, cuando las nieves se retiraron, aparecieron helechos que se bebían el sol, luego abedules, endrinos, majuelos, luego robles nacidos de las bellotas que habían plantado los arrendajos, y los cúmulos de espino se hinchaban, florecían y medraban.

Y ahora... este pájaro. Este ruiseñor.

Ha funcionado, papá. Ha funcionado.

Sacude el recipiente para echar café recién molido en la cafetera, vierte el agua, traslada la taza y la cafetera a su mesa y reactiva el ordenador, donde un documento de Word ocupa toda la pantalla.

Libros del Asteroide

Papá – Panegírico.

El título está, pero el resto es vacío.

Ruiseñor??, escribe.

Reparación?

Regreso??

Consulta los emails, ve uno de Simon en su abarrotada bandeja de entrada, enviado hace media hora.

Fran:

Perdona por ausentarme esta mañana. He tenido que coger el primer tren a Londres. Me ha llamado Sophie y hemos pensado que mejor adelantar la reunión.

Te informo de todo luego. Espero haber vuelto antes de que termine la jornada.

Le florece la ansiedad en el pecho pero se resiste al impulso de llamarlo de inmediato para que le explique qué está pasando.

Vale, responde. *Espero noticias.*

Debajo del de Simon hay un correo de la maestra de su hija. *Rowan ayer*, reza el asunto. Es de hace una hora, las seis en punto.

Buenos días, Francesca:

Te quería informar sobre Rowan ayer en el colegio. La veo algo afectada por los acontecimientos más recientes. En concreto, por la muerte de su abuelo. Todos sabemos la buena relación que tenía con tu padre y el vínculo estrecho que habéis desarrollado con los procesos naturales, pero algunos conceptos que Rowan ha estado manejando últimamente acerca de la descomposición humana están perturbando a sus compañeros.

No tiene ningún problema en el centro. Solo te escribo para que estés al tanto.

Libros del Asteroide

Cuando tengas un momento, estaría fenomenal que lo habláramos un poco mejor. Hay realidades que para los otros niños son un poco excesivas ahora mismo.

Beth

Frannie apura el café, se sirve más, bebe, relee el mensaje de cabo a rabo.

Es cierto. A Rowan le ha dado por hacer muchas preguntas, pero también es verdad que en su casa siempre ha visto gráficos que evidencian que un roble muerto alberga muchas más especies que uno vivo, que muchos escarabajos y hongos raros y amenazados necesitan madera seca para vivir y prosperar. Por eso, cuando Rowan preguntó si pasaba lo mismo con las personas y Frannie se percató de que no podía contestar porque en el fondo no lo sabía, escribió *descomposición humana* en el motor de búsqueda. Le ahorró a su hija las imágenes, pero juntas descubrieron lo que le ocurre a un cuerpo tras un entierro ecológico.

¿Qué es mejor, suavizar con eufemismos o contar la verdad? Toma un sorbo de café, pulsa «responder».

Querida Beth:

Gracias por tu mensaje.

Te voy a ser sincera: opino que la deriva suicida actual de nuestra supuesta civilización se debe en gran medida a nuestra incapacidad para asumir de un modo cabal la realidad de la muerte.

Si a Rowan le interesa el proceso —absolutamente natural— de la descomposición y desea compartir ese interés con sus compañeros, la verdad, no veo dónde está el problema.

Será un placer hablarlo más en profundidad.

Un abrazo,

Francesca Brooke

Libros del Asteroide

Pone el cursor encima de «enviar», visualiza la cara de la maestra de Rowan. Joven, espantosamente seria. Su primer destino. Se fue de Londres con su prometido el año pasado para empezar de cero en Sussex y dar clases en la diminuta escuela del pueblo. Frannie se lo piensa mejor y elimina la segunda frase. Lee de nuevo. Lo borra todo salvo:

Gracias por tu mensaje, Beth.
Será un placer hablarlo más en profundidad.
Un abrazo,

Francesca Brooke

*

Milo deja el coche en el aparcamiento de arriba y se echa a la espalda una mochila no muy cargada. Dentro de un rato bajará hasta la casa; por ahora, solo pide aire. Enfila un sendero sembrado de virutas de madera que bordea una zona de acampada, deja atrás dos cabañas para pastores y varias yurtas dispersas. Suelen prodigarse por allí campistas novatos que andan de acá para allá con bultos, sillas y hornillos en carretillas, o sentados en el banco que hay fuera de la tienda ecológica con una cerveza artesana en la mano. Pero hoy está todo muy tranquilo. De la verja cuelga un letrerito pintado a mano.

CERRADO HASTA EL LUNES

A lo lejos distingue a la encargada del camping, la amiga de su hermana, Wren, camino de los aseos. Ella lo ve, saluda levantando un brazo. Él le devuelve el gesto y acto seguido se saca el vapeador del bolsillo, da una calada rápida y sigue avanzando por el sendero.

Todo esto, piensa Milo, desde la viruta hasta las yurtas de lona, pasando por los letreros pintados a mano y la encargada

Libros del Asteroide

que lo lleva todo, forma parte de esa estética tan apreciada por su hermana desde la época de Newbury: hallazgos en mercadillos de antigüedades, mantas coloridas sobre camas tipo futón. Estupendo —maravilloso, incluso— cuando estás pagando veinticinco libras la noche en el camping o doscientas si te alojas en una de las cabañas. Estupendo cuando eres un urbanita sediento de campo con gustos que rozan lo hippy. Un poco menos cuando estás acostumbrado a un nivel de lujo diferente.

Aun así, la gente parece encantada: carpa para yoga, cocina de campaña con plato del día según temporada. Un galpón para bodas con vistas al bosque de Ashdown, al sur, que quitan el hipo y con una lista de espera de dos años. Una suite de luna de miel con una bañera de hidromasaje instalada en un barril de whisky. Por lo visto, cierta gente reclama esa estética rústico-destartalada.

Hay que decir que su gente desde luego no, pero ahí está el tema.

Avanzando un poco más se vislumbra ya la casa, que emite un fulgor dorado bajo la luz de primera hora de la mañana. Esa sí es una estética con la que él puede identificarse. Dios, pero qué preciosa es. Las dos alas con sus fachadas; las columnas del módulo palladiano central, basadas en las del templo de Paestum; el concepto general, inspirado en el templo de Apolo en Delos. Independientemente de lo que haya ocurrido entre sus muros, la serenidad y el equilibrio de esa piedra dorada siempre lo ha dejado sin aliento.

¿Es consciente su hermana de lo que es suyo ahora?

Milo sospecha que no. Hasta donde alcanza su memoria, Frannie siempre ha manifestado un desinterés soberano por las propiedades de cualquier tipo, y él no ve motivos para que eso cambie solo porque ha heredado una propiedad razonablemente extensa y razonablemente magnífica, uno de los primeros y más brillantes ejemplos de estilo neogriego del país aún en manos privadas. Sus paredes atesoran una modesta pero significativa colección de arte que incluye uno de los últimos retratos fa-

Libros del Asteroide

miliares que pintó sir Joshua Reynolds antes de quedarse ciego y morir. Pero su hermana tiene poco estómago para el pasado, no distingue el dórico del jónico, un pórtico de unas pilastras, y en verdad, se dice Milo, le trae sin cuidado. Aun así, lo está haciendo bien; maravillosamente bien, para ser sinceros. El mérito hay que reconocérselo. Hasta la portada de *Country Life* del mes pasado: Philip, Frannie y Rowan, los tres posando junto al roble custodio entre galantos, cerdos y matorrales, Philip muy flaco, ahogándose casi bajo el anorak, Frannie con su gorro y sus pantalones de faena habituales y las botas recias. El reportaje iba acompañado de un artículo, una entrevista realizada un mes antes de la muerte de su padre de la que Milo ha memorizado varios fragmentos:

Francesca y Philip Brooke: pensar como un roble

Cada uno a su manera, padre e hija han demostrado en el pasado una vena de radicalismo muy a la inglesa: Philip, que se hizo cargo de la propiedad a una edad trágicamente prematura —dieciocho años—, alcanzó notoriedad en el Chelsea de finales de los sesenta y fue el ideólogo del ya legendario festival gratuito Teddy Bears' Picnic, celebrado en la propia finca durante el caluroso verano de 1976. El festival donde conoció a su bella esposa, Grace, con quien se casó poco después y que no se ha separado de su lado desde entonces.

Su hija Francesca es una veterana del movimiento anticarreteras. ¿Hay algo más genuinamente inglés que ser detenida de adolescente por tratar de salvarle la vida a un roble en un bosque milenario?

Aquí, por fin, en su finca campestre renaturalizada, ambos aúnan fuerzas para apostar por una visión del futuro —el Proyecto Albión— en armonía con el pasado.

Libros del Asteroide

Lo leía y lo volvía a leer. Podría haber comentado muchas cosas, pero se limitó a mandarle un mensaje a su hermana: *Enhorabuena, Fran. Un reportaje precioso.*

Inicia ahora el descenso, la pendiente del sendero se hace más pronunciada y describe una curva hasta que llega a la verja de hierro. Levanta el pasador y se mete en el huerto, un atajo para llegar a las oficinas de su hermana y evitar la casa; todavía no está preparado para la casa. Además, sabe que el mejor momento para abordar a Frannie es ahora, antes de que mil asuntos desborden su jornada.

A su izquierda, dentro de la casa de las piñas, dos bultos se mueven detrás del cristal. Se acerca un poco, echa un vistazo a través de la ventana enmohecida y ve a su madre y a su sobrina inclinadas por encima de las jardineras, cogiendo fresas. Son uña y carne. Milo recuerda; si es preciso, es capaz de conjurar un recuerdo —recuerdos, en general—. El olor de su madre. Su cercanía. El roce suave de su cabello. Por un momento se queda allí parado, bajo el sol, embargado por una punzada tan perfecta, tan familiar y, sin embargo, tan aguda, tan terrible en su plenitud, que aun después de tantos años le corta la respiración.

Ahí está su madre: Eva y la serpiente a la vez.

Se pregunta si podrá pasar de largo, seguir sendero adelante sin ser visto, pero es demasiado tarde: Grace lo está saludando con la mano. No le queda más remedio que entrar, así que da una calada al vapeador antes de empujar la puerta y penetrar en el interior, donde el aire insinúa la plenitud del verano y unas embriagadoras entidades almizcladas y verdes pujan y tropiezan contra los cristales.

—¡Milo! ¡Cariño!

Su madre se acerca a él y ofrece la mejilla para recibir un beso. El aroma de siempre: jabón y Nivea. Piel cálida.

—Te veo bien, mamá —dice.

Y es verdad, piensa, tiene buen aspecto. Lleva un jersey de lana holgado por encima del camisón y unas botas de agua. Cara lava-

Libros del Asteroide

da, por supuesto. Ni una pizca de maquillaje jamás. El pelo como siempre lo ha llevado, con la raya en medio y hasta los hombros, gris claro entre las hebras rubias. En cierto modo conserva aún una belleza impactante que ni la edad ni el duelo han alterado.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—Ah, nada. Tengo que hablar de unas cosillas con Fran.

—¿Sobre tu centro?

—Ahora lo llamamos clínica, pero... sí.

Grace lo escudriña ladeando la cabeza.

—A ti también se te ve bien —comenta—. Aunque has perdido peso.

—Estoy haciendo ayuno.

—¿Ayuno?

—Intermitente.

—No entiendo.

—Una moda nueva. Favorece la longevidad. No pruebo bocado antes de las dos de la tarde.

—Caray. Bueno, pero no te vayas a pasar, ¿eh? Y acuérdate de que esta noche cenamos. Los cuatro solos. Y Rowan, claro —añade volviéndose a su nieta, que se acerca con el cuenco en las manos—. Cocino yo.

—¡Fabuloso! —exclama Milo—. No me lo perdería por nada del mundo. ¿En qué va a consistir el menú, en unos huevos pasados por agua con bastoncitos de pan tostado?

—Milo, cariño, no te pongas sarcástico, que no te pega nada.

—¿En serio? ¿Estás segura?

Su madre niega con la cabeza y mira a Rowan.

—Tío Milo se cree la monda, pero a mí me parece un maleducado. ¿Tú qué opinas, Ro?

—Que me gustan los huevos pasados por agua con bastoncitos de pan tostado —dice Rowan.

—¿Y a quién no? —tercia Milo, dirigiéndose a su sobrina.

Esta niña es igualita a su hermana: Frannie se ha reproducido por polinización anemófila. Del padre nada se sabe, y pocas pis-

Libros del Asteroide

tas da la cara de la chiquilla: los genes Brooke se han impuesto y su sobrina es el vivo retrato de su hermana; la misma mirada gris y seria.

Todo esto es tuyo, pequeña. Continuidad garantizada a través de tu rama, Frannie.

Se le abre una trampilla en el estómago. ¿Es correcto que una niña de ascendencia desconocida sea la legítima heredera de más de dos siglos de historia inglesa?, piensa Milo. De cuatrocientas hectáreas de tierra.

—¿Qué habéis cogido? —pregunta.

—Fresas —responde Rowan mostrando el cuenco.

—Toma. —Grace extiende la mano abierta—. No hemos podido resistirnos. Pruébalas.

Se mete una en la boca. La fruta tiene un sabor potente, entre dulce y ácido, como esos caramelos duros que solía comprar en bolsas de papel en la tienda de golosinas.

—¡Atiza! —exclama—. Deliciosas. No entiendo cómo no os las habéis comido ya todas.

—Si consigues localizar a tu hermana —dice su madre en el momento en que Milo da media vuelta, dispuesto a seguir su camino—, dile que vamos ya camino de la casa para desayunar.

—Y que tenemos una sorpresa para ella —interviene Rowan—. Pero ¡no le cuentes nada de las fresas!

Milo se despide, sale de nuevo a la mañana y con el sabor a fresa todavía en la boca enfila el camino en dirección a las oficinas de la propiedad, un conjunto de establos para vacas reacondicionados. Frannie está ya sentada a su mesa, concentrada delante del monitor. Golpea con los nudillos el cristal de la ventana y ella levanta la vista con el ceño fruncido y le hace una seña para que entre.

—Estabas muy enfrascada —comenta.

—Intentando resolver algunas cosas antes de preparar a Ro para el colegio.

—La acabo de ver en la casa de las piñas con Grace.

Libros del Asteroide

—Qué bien... Espera, dame un segundito que mande esto.

Frannie se concentra en la pantalla y teclea frenéticamente. Entretanto, Milo abre la cremallera de la mochila y saca la carpeta que contiene la versión impresa de la presentación. La portada muestra un esbozo de una casa en un árbol de la que sale una enredadera que se enrosca alrededor de una difusa silueta humana asomada a una barandilla. Milo está contento con el resultado; facilitó un par de imágenes de referencia y la diseñadora ha creado una genialidad. Deja la carpeta sobre la mesa, entre ambos.

—¿Te importa que vapee?

—Si no hay más remedio... —responde Frannie.

Saca el cigarrillo electrónico, se acerca a la ventana abierta, da una calada larga y expulsa el humo al exterior.

—Vale. —Frannie levanta la vista del ordenador y aparta ligeramente la silla de la mesa—. Ya estoy contigo. ¿Cómo estás, Milo?

—Bien —dice él dando otra chupada rápida y guardándose el vapeador—. Creo. Tirando. He estado trabajando mucho, así que distraído.

—Ya. Yo también.

—Me lo figuraba. —Vuelve al escritorio, coge una silla y se sienta frente a ella—. Solo he venido a robarte unos minutos antes de que empiece el desbarajuste.

—¿Antes de que *empiece*? Ejem... yo diría que empezó hace ya tiempo...

—Y para enseñarte esto —la interrumpe poniendo una mano en la carpeta.

—¿Qué es? —Frannie mira con suspicacia.

—La presentación.

—¿La presentación de qué?

—Venga ya —dice Milo—. ¿De verdad?

—Vas a tener que darme una pista...

—Como quieras, Fran: es la presentación que les hemos estado enseñando a los posibles inversores de El Claro. Quiero que veas por dónde queremos que vayan los tiros.

Libros del Asteroide

—¿*Queremos*?

—Luca y yo —explica con parsimonia—. Llega mañana.

Un fogonazo de pánico atraviesa el semblante de su hermana.

—Milo, no —dice—. Luca no puede venir. No está invitado.

—Por supuesto que está invitado, Fran. Es Luca.

—Te aseguro que no lo está. Aquí tengo la lista de asistentes. Te la mandé por Google Docs junto con el programa de la ceremonia para que le dieras el visto bueno. Te la enseño ahora mismo, si quieres. Solo nosotros, Milo, solo la familia cercana. Es lo que quería papá. Lo que estipuló, de hecho.

—Lo que tú digas, hermana. Que yo recuerde, otra cosa que estipuló con total claridad a la mañana siguiente del tratamiento fue que la clínica estuviera en su propiedad. De modo que, si Luca va a invertir, me parece a mí que está invitado. Quería mucho a papá y papá lo quería a él; y, como te decía, llegará temprano para echar un vistazo al terreno... así que... no quiero que parezca que estoy haciendo el capullo, Fran. Necesito que me des tu apoyo antes de que llegue.

Ella se reclina en la silla, cruza los brazos.

—No me habías contado que Luca va a invertir.

—¿Hacía falta?

—Es un dato bastante importante, Milo.

—Fran —dice él en tono paciente—, Luca opina que aquí hay algo especial. Deberíamos estar bailando en la palma de su mano. ¿Tienes idea del nivel de inversiones que se mueven en este sector?

—No. Ninguna.

—Es una locura. El sector está en pleno despegue. Es una puta fiebre del oro... —Pone de nuevo la mano encima de la presentación y la empuja hacia ella—. ¿No quieres formar parte de la fiebre del oro, Fran?

—No sé qué decirte. Las fiebres del oro nunca tuvieron un gran impacto, ¿no? Sobre la población autóctona. Humana o no humana.

Libro del Asteroide

—Ya. —Esboza una sonrisa de oreja a oreja—. Pero se construyeron movidas de puta madre.

—¿Como qué?

—¿San Francisco, por ejemplo? Se me ocurre.

Ella no le devuelve la sonrisa.

—Venga ya, Fran. Estoy de coña. Sentido del humor, ¿recuerdas lo que es?

—Milo. En serio. No tengo tiempo.

—¿Para el sentido del humor o para mí?

—Te voy a ser del todo sincera: ahora mismo, para ninguna de las dos cosas.

—De acuerdo. —Milo se recompone—. Te hablaré completamente en serio entonces. Ya veo que estás ocupada y estresada, pero esto es muy muy importante para mí. Por favor. Solo te pido que...

Da otro empujoncito a la presentación. Su hermana exhala un suspiro casi imperceptible, mira la portada y lee en voz alta.

El Claro

La humanidad se encuentra en un punto de inflexión. El Claro es nuestra ofrenda.

Arropado por seis hectáreas de bosque ancestral en una propiedad familiar renaturalizada.

Un lugar donde la Madre Naturaleza te da la bienvenida y te invita a sanar.

Un lugar a la altura de los tiempos que vivimos.

Un lugar para reconectar.

Frannie levanta la vista y mira a su hermano, enarca una ceja.

—*¿Punto de inflexión? ¿Ofrenda?*

—Es un texto comodín. —Hace un ademán de displicencia con la mano.

Libros del Asteroide

Frannie pasa a la segunda página, una imagen creada con Photoshop de la primera fase de El Claro: casas en árboles, pasarelas que las comunican, gente en las pasarelas, en los caminos.

—Esto se parece al Teddy Bears' Picnic —comenta.

—Sí. Le pasamos algunas fotos a la diseñadora. Es una fuente de inspiración, cultural, estética. Por qué no hacerle un homenaje, ¿no?

—No sé, Milo, ¿a lo mejor porque me he pasado los últimos diez años trabajando día y noche para borrar las asociaciones con el pasado que arrastra la propiedad?

—¡Venga ya, Fran, fue todo un icono! De todos modos, digamos que esto será el Teddy Bears renovado: habrá casas en los árboles del bosque, con su tejado de turba, pero ¿por dentro? Superlujo, nada de mierda hippy: construido todo según los estándares de las casas pasivas. El arquitecto con el que estamos hablando acaba de terminar un espacio de retiro alucinante en Costa Rica. Nuestro planteamiento es que cada cliente tenga su propia terapeuta, su propia cuidadora. Su propia chef. Su propia masajista. Una ratio de cinco-uno.

—¿Qué significa eso?

—Personal al servicio del cliente. Dinero a lo grande para una atención a lo grande. Pero la clave está en que no te darás cuenta de lo *deluxe* que es todo porque estará extremadamente... vinculado a la tierra. Imagínate un Soho House puesto de esteroides y, a continuación, elimina esa imagen de tu cerebro, porque es mierda corporativa comparado con esto.

Frannie pasa a la página siguiente y ve una maqueta del interior de una casa en un árbol, todo en grises apagados, marrones y verdes.

—Lo veo un poco... impersonal. Parece un hotel.

—A esta gente hay que darle ciertos básicos o no afloja la pasta.

En la página siguiente aparece la imagen de un gran edificio octogonal con tejado de turba cubierto de flores silvestres.

Libros del Asteroide

—Eso es el centro de sanación. —Milo se inclina hacia delante—. Donde se celebrarán las ceremonias de grupo.

—¿Las ceremonias? —Frannie se muestra horrorizada.

—Ceremonias, tratamientos. Ya puliremos la jerga.

—Suena a secta.

—No es una secta, Fran.

—¿Y por qué tiene esa forma el edificio?

—Porque está construido de acuerdo con los principios de la geometría sagrada.

—¿Geometría sagrada?

—No me invento nada, existe.

—En California, quizá.

—En Sussex, lista. Significa que responde a ciertos principios, los que sustentan el cosmos. Como la casa.

Frannie pone cara de póquer.

—¿El arquitecto de la casa? ¿Las referencias al templo de Delos? ¿Apolo? ¿Estás de coña? Fran, esas cosas deberías saberlas. Ahora la casa es tuya.

Ella no entra al trapo y él no insiste. Se pone de pie, vuelve a la ventana y vapea mientras ella hojea lo que falta y llega a la última imagen, en la que aparecen las coordenadas exactas de las hectáreas de El Claro en Google Earth.

—Tendrá su propia carretera de acceso —añade Milo— por el otro extremo de la finca. Impacto ultramínimo. Ni te enterarás de que existe.

Frannie arruga la frente sin dejar de examinar esa página.

—¿Y qué pasa con Ned?

—¿Ned? Pues... le reconoceremos su mérito. Él levantó el Teddy Bears' Picnic, joder. Es quien empezó todo. El *original gangster*. Excepcional. Fundamental. Una parte fundamental de todo.

—No, digo que qué pasa con su autobús. Está aparcado en medio de este centro de sanación, ¿no?... —Señala la imagen de satélite del techo de un autobús—. Si estoy interpretando bien las coordenadas, vamos.

Libros del Asteroide

—Por ahora —contesta Milo, acercándose de nuevo a la mesa—. Pero los autobuses tienen ruedas. Se pueden trasladar a un montón de sitios.

—Ese autobús tendrá ruedas, pero lleva casi cincuenta años sin moverse.

—Vale —concede—. Mira, eso sería ya para la segunda fase. Estamos pensando en empezar la construcción aquí... —Señala con el extremo del cigarrillo electrónico—. En la esquina noreste del bosque, por Faery Field.

—¿Y luego? ¿Qué pasará cuando queráis hacer la segunda fase?

Milo frunce el ceño.

—A ver... ¿la tierra es de Ned, acaso?

Su hermana suspira, cierra la presentación.

—Mira, Milo, lo veo... complicado. Hay que encargar un estudio de viabilidad antes de poner en marcha nada de esto. Y eso tarda lo suyo. Se me ocurre que, de momento, si tanta prisa tienes, te puedes plantear hacerlo en otro sitio.

—¿En otro sitio dónde?

—Si Luca está tan por la labor, seguro que consigue dinero para otro enclave. ¿Ibiza? ¿California? ¿Por qué tiene que ser aquí?

—Fran. —Milo suelta el vapeador y respira hondo—. Tiene que ser aquí porque esto fue mi hogar. Y quiero levantar la marca a partir de ese concepto de vínculo familiar: ecológico, auténtico, inglés. Y también tiene que ser aquí porque fue aquí donde le administré el tratamiento a papá. Él fue la semilla...

—No me había dado cuenta de que papá estuviera plantando la semilla de una empresa, Milo —dice Frannie—. Pensaba que nuestro padre se estaba muriendo de cáncer en el hogar de sus antepasados.

—Venga ya, Fran. El tratamiento lo ayudó. ¿O no?

Ella profiere un sonido evasivo. Podría ser un sí, podría ser un no.

—Mira, todo esto pinta impresionante. Y entiendo la pasión que le estás poniendo, pero bastante me está costando ya sacar

Libro del Asteroide

adelante lo que tengo ahora mismo entre manos. Este proyecto es mucho más ambicioso de lo que me había imaginado.

—¿Qué estás pensando, hermana? ¿Qué ocurre? Venga. Cuéntamelo.

—Muy bien, Milo. ¿Quieres que te cuente lo que estoy pensando? Estoy pensando que faltan dos puñeteros días para el funeral de nuestro padre y hay un millón de asuntos pendientes. Por no hablar de que todavía no he sido capaz de escribir el panegírico. Estoy pensando que nadie se ha ofrecido a echarme una mano con absolutamente nada. Estoy pensando en Simon; tiene reunión con la abogada esta mañana para tratar el asunto del impuesto de sucesiones y me encantaría saber lo que están hablando y por qué no me han invitado a participar. Estoy pensando en que la casa está manga por hombro, en que no he sido capaz de abrir ni una triste caja ni una maleta desde que llegó todo de la casita. Estoy pensando en Rowan, en si estará bien con mamá, y todo eso sin perder de vista que dentro de tres minutos tengo que irme y bajar pitando la colina para meterle prisa y que se prepare para el colegio, donde no parece estar muy a gusto últimamente y para el que no tengo uniforme limpio. Estoy pensando en si quedará todavía alguna barrita de las únicas que le gustan para que se la lleve de merienda o si se habrán acabado, porque para colmo de males no he hecho el pedido de la compra porque me he mudado y no he modificado todavía la puta dirección.

—Vale, Fran. Vale. —Milo recula—. ¿Necesitas un abrazo?

—Por favor te lo pido, no. Apiádate de mí.

Empieza a recoger sus cosas, las llaves del coche, el teléfono, el gorro.

—De acuerdo. ¿Y qué te parece...? —añade Milo interponiéndose entre su hermana y la puerta—. ¿Qué te parece si te mando unos artículos para que los leas? *Forbes* acaba de publicar una superentrevista con Luca, te dará mucho contexto, y aparte varias cosillas más. Yo me vuelco en ayudarte hasta el funeral y tú sacas tiempo para reunirte conmigo y con Luca mientras él esté aquí.

Libros del Asteroide

Ella suspira.

—Dios, mira que eres terco. Vale. Mándame eso. ¿Y cuándo dices que llega?

—Mañana. Se va el domingo.

Frannie niega con la cabeza, saca el teléfono, abre la agenda.

—¿Mañana por la tarde?

—¿A las tres?

—Perfecto.

Él también lo anota y se guarda de nuevo el móvil en el bolsillo trasero.

—Veamos. Frannie. ¿Qué necesitas?

—Que me hubieras preguntado eso hace dos semanas. Y que hubieras hecho lo que te pidiera.

—Hace dos semanas estaba en California. En misión de reconocimiento.

—No me digas. —Se vuelve hacia el ordenador y abre el correo—. Vale. Acabo de recibir un mensaje de la funeraria. Que necesitan el ataúd antes de mañana a mediodía. Ned no está al corriente, ¿te puedes pasar a verlo? Y a comprobar cómo avanza el ataúd. E informarlo.

—¿Ataúd?

—Sí. Lo está tejiendo Ned. Con mimbre.

—Pensaba que papá quería una pira.

—Así es.

—¿Y bien?

—Era inviable.

—¿Por qué?

—Porque la autopista está demasiado cerca.

—No me jodas. —Suelta una risilla—. ¿Cómo se lo tomó?

—Dijo: *¿Qué sentido tiene ser dueño de cuatrocientas hectáreas si no puedes despedirte con una puta pira si te da la gana?*

—Dios —dice Milo negando con la cabeza—. Papá. —Da un paso atrás, abre los brazos—. Ven aquí, Fran, ríndete.

Ella pone los ojos en blanco.

Libros del Asteroide

—Vaaale. Pero nada de esa porquería californiana tuya. A mí me das un abrazo inglés rapidito de los de toda la vida.

Se estrechan. Él es apenas un poco más alto, lo suficiente para advertir las canas en el pelo castaño de su hermana. Siente el contacto mullido del jersey viejo de cachemir. Su hermana, dueña de cuatrocientas hectáreas. Premiada en la lotería de la vida. Tensa de cojones.

—Te tienes que relajar, Fran.

—Y tú tienes que dejar de decirme lo que tengo que hacer.

Hace amago de apartarse, pero él la abraza con fuerza y le habla al oído.

—¿Lo echas de menos?

—Pues claro.

—Tuvo una muerte buena, ¿no?

—Sí.

—Él quería esto, Frannie. —Se aparta, pero sigue aferrándola por los brazos—. Tú viste lo mucho que quería esto, hacia el final.

—Ya está bien —responde ella zafándose.

—Como quieras. —Milo levanta los brazos y la libera—. Me voy.

Y se va, camino abajo hacia el ala oeste de la casa, cruzando el parque.

Es la misma ruta que ha tomado tantas veces y, más que correr, da zancadas largas (no en vano ha cumplido ya los cuarenta y lleva unas deportivas blancas; contienen caucho del Amazonas procedente de fuentes sostenibles, pero aun así) a través de la hierba y las bostas encostradas. Una ruta que sus pies conocen de memoria, por más que haya cambiado; la piscina ya no está, la pista de tenis tampoco.

¿Cuántas veces? ¿Cuántos trayectos para ir a ver a Ned? Purificándose del internado, donde no le quedaba más remedio que someterse a unas normas arcanas porque sí:

Prohibido correr por los pasillos.

Libros del Asteroide